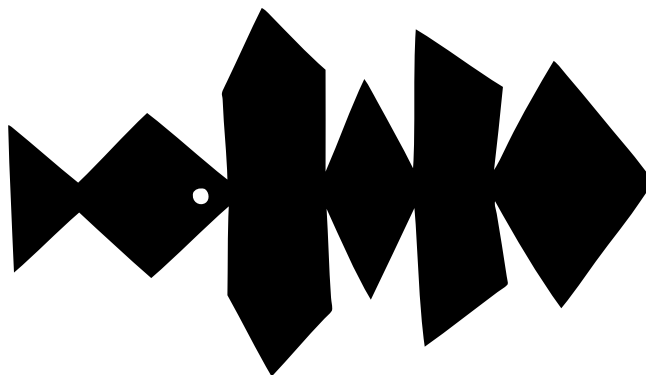


# Modernidad, posmodernidad y desarrollo humano

Carlos Castillo Peraza



“El pensamiento de la Iglesia –escribió alguna vez Claude Tresmontant– se ha desarrollado siempre por crisis, de modo que se puede comprobar que, cuando no hay crisis, no hay tampoco desarrollo ni progreso. En principio, pues, una crisis no tiene nada de malo. Es una fase peligrosa del crecimiento de la Iglesia, un momento difícil. A lo largo de su historia, la Iglesia ha conocido múltiples crisis de crecimiento y, por supuesto, la cosa no ha terminado todavía”.<sup>1</sup>

En efecto, la cosa no ha terminado. El pensamiento cristiano se las ha tenido que ver con pensamientos o sistemas de pensamiento en ascenso, de moda, en descenso y en desuso. Platonismo, aristotelismo, estoicismo, cartesianismo, cientificismo, idealismo, marxismo, positivismo, estructuralismo, nihilismo, así como sus respectivos neos –vientos y tempestades a lo largo de la historia– son otros tantos casos “en todos estos enfrentamientos, el pensamiento cristiano fue tomando conciencia de sus propias exigencias filosóficas y de su propio contenido metafísico y ontológico”.<sup>2</sup>

Hoy, el pensamiento cristiano tiene que vérselas con lo que está debajo de los términos “modernidad” y “posmodernidad”. Es conveniente, en consecuencia, tratar de aproximarnos a lo que expresan estas palabras, tanto y tan constantemente usadas.

## Antropocentrismo secular

Me parece que el término “modernidad” sirve para referirse fundamentalmente a un antropocentrismo secular que comienza por afirmar que el hombre es la medida única de todas las cosas y el fundamento de todo valor, sin dependencia y a veces sin siquiera referencia a Dios. Esta manera de verse el hombre a sí mismo, a la historia y a la cultura, puede resumirse con una expresión del P. Cornelio Fabro: “Dios, si es que existe, no tiene nada que ver”.<sup>3</sup>

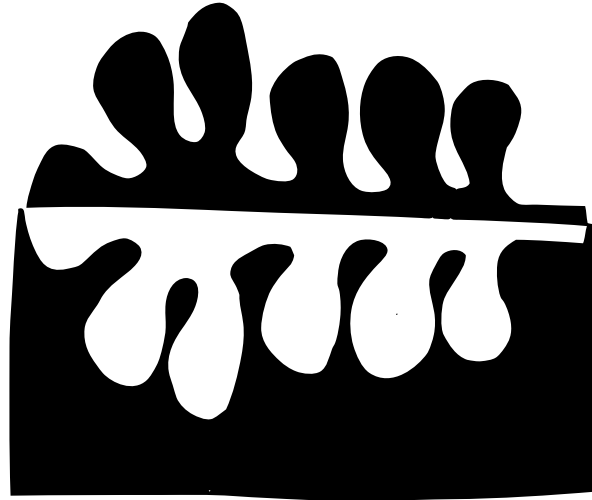
Asimismo, el vocablo al que nos referimos sirve para expresar una actitud de confianza virtualmente absoluta en que el conocimiento racional y científico le asegurará al hombre, de manera necesaria, un proceso indefinidamente creciente de bienestar material y de formación de sociedades cada vez más humanas, incluso a pesar del hombre mismo. Proceso tan perfecto y tan perfecto creador de sistemas tan perfectos que, como escribió Eliot, “nadie necesitará ser bueno”.

<sup>1</sup> Tresmontant, Claude, *La crisis modernista*, Editorial Herder, Barcelona, 1981, p. 9.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

\* Ponencia presentada por el autor en el Congreso “México a cien años de *Rerum Novarum*”, efectuado en la capital la República del 15 al 18 de mayo pasado. Publicado originalmente en *Palabra* número 17, julio-septiembre de 2001.

<sup>3</sup> Giudssani, Luigi, *La coscienza religiosa nell'uomo moderno*, Editotrial Jaca Book, Milano, 1985, p. 27.



En la base de este optimismo está, para la “modernidad”, una economía perfectamente racionalizada y desarrollada que habrá de garantizar la seguridad de una sociedad feliz, en la cual lo religioso queda recluido en la intimidad individual como ilusión que consuela de las fallas momentáneas del sistema, como sentimiento meramente subjetivo, como inspiración transitoria de una ética que habrá de ser totalmente racional –una vez superados los prejuicios religiosos– o como dinamizador más o menos aceptable de la lucha por la justicia y los derechos humanos.

### Inocencia y perdón

Optimismo también ético, por cierto, pues “modernidad” es asimismo palabra que se refiere a una época en que se ha vuelto cultural y hasta clínicamente hegemónica la ética de la inocencia. Según ésta, el hombre nunca es culpable de nada, pues la historia personal, los traumas de infancia, las circunstancias o las estructuras lo obligan a actuar. En el fondo, se niega la libertad en nombre de la libertad misma. Frente a este optimismo, está la dramaticidad de la ética del perdón, que supone que el ser humano pudo siempre actuar de manera distinta a como lo hizo, es decir, que es libre. Es curioso notar que, en las éticas de la inocencia, no hay perdón, sino “conciencia de la necesidad” o de la enfermedad y no debería por tanto haber castigo, aunque están surcadas de fusilamientos, tal vez como homenaje sangriento a la verdad de una libertad que niegan.

Todas estas ideas, todas estas actitudes no surgieron en un momento. Son fruto de una larga y compleja génesis cuyas etapas pueden resumirse con algunas palabras: humanismo, racionalismo, liberalismo, cientismo, positivismo, laicismo, que expresan otras tantas realidades nacidas muchas veces fuera e incluso en contra de la Iglesia. Ya en el siglo XIV, se llamó vía moderna a la transitada por los seguidores de Guillermo de Ockham, e impregnada de desconfianza hacia las verdades filosóficas, de una mezcla extraña de agnosticismo racionalista y fideísmo voluntarista, de actitud de sospecha hacia cualquier autoridad religiosa, de gusto por el conocimiento experimental e inmediato y de una especie de fe en la certeza y seguridad de los conocimientos matemáticos.

### Política secularizada

“Modernidad” es también término para referirse a la secularización de la política. A partir de un pesimismo brutal en relación con los hombres, nace el concepto que hoy se conoce como “razón de Estado”. De Maquiavelo a Napoleón, y luego a sus epígonos, el triunfo, la conservación del poder, el uso de cualquier medio sin someterlo a reglas intrínsecas o superiores, ni a fines naturales o sobrenaturales, se vuelve proceso de verificación de la razón. No hay más Derecho que el emanado del Estado o el reconocido por éste. Quedan al margen de la política “moderna”, en lo teórico y en lo práctico, otras

consideraciones, como las muy ricas y profundas elaboradas por los teólogos españoles del siglo XVI –Vitoria y Suárez, principalmente– que inspiraron la formulación de las Leyes de Indias y dieron sólidos cimientos éticos y metafísicos a la sociedad civil, al pluralismo, a los derechos del hombre como anteriores a las leyes mismas. La política, como la filosofía, la ciencia y el arte “modernas”, se convierten en parcelas aisladas y autoreferidas, fragmentadas, desintegradas y no sintetizables.

### Elementos

En resumen, la “modernidad” se puede caracterizar o describir con los elementos siguientes:

“1. Un proceso de racionalización en el que se va configurando un tipo de hombre orientado al dominio del mundo, con estilo de pensamiento formal, una mentalidad funcional, un comportamiento austero y disciplinado y unas motivaciones morales autónomas, junto con un modo de organizar la sociedad alrededor de la institución económica y la burocracia estatal.

“2. Un centro productor de relaciones sociales: la economía. La religión, que tradicionalmente había ocupado este lugar, es desplazada hacia la periferia y se recluye, cada vez más, en la esfera privada.

“3. Una visión del mundo (cosmovisión) descentrada, desacralizada y pluralista. Ya no hay un centro, una ideología única. Aparece el relativismo y se comienza a cuestionar la posibilidad de un fundamento, una verdad. Estamos en la sociedad del politeísmo de valores (dioses y demonios).

“4. Una razón que muestra varias dimensiones o esferas (ciencia, moral, arte) que tienen su propia autonomía. Cada vez aparece más difícil la posibilidad de una unificación e incluso de una interacción mutua.

“5. Una de estas dimensiones de la razón, la científico-técnica, adquiere una preeminencia social que tiende a oscurecer la validez de las demás dimensiones de la razón. La razón tiende a confundirse con la racionalidad científico-técnica.

“6. Una estructura social configurada por dos instituciones o sistemas predominantes: la tecno-economía y la burocrático-administrativa. Constituyen la manifestación objetiva de la racionalidad funcional (tecno-burocrática), que tiende a colonizar todos los ámbitos sociales y humanos.

“7. Un tipo de hombre celoso de su autonomía individual, pero con ambivalentes manifestaciones de hiper-individualismo narcisista”.<sup>4</sup>

### Humanistas y racionalistas

En un libro de muy reciente aparición –y cuyos presupuestos no escapan a la “modernidad” aquí descrita–, Stephen Toulmin introduce a la discusión acerca de la “modernidad” misma, algunos elementos críticos que me parecen interesantes, aunque debo decir que mi lectura de la obra todavía no me permite formular un juicio definitivo.<sup>5</sup>

El autor distingue dos etapas fundamentales en la génesis de aquélla. La primera sería la de los humanistas y la segunda la de las racionalistas. En el primer grupo estarían, entre otros, Miguel de Montaigne y Erasmo de Rotterdam, más vinculados a los problemas de la sabiduría práctica, orientada al abordaje de los problemas particulares, concretos, desde un pensamiento que Toulmin llama “contextualizado”, marcado por la influencia de la ética aristotélica y por la modestia y matización que exigía a los filósofos la gran libertad de discusión que existió en la Edad Media. En el otro estarían, también entre varios, Isaac Newton y Renato Descartes, quienes, con la pretensión de encontrar un método racional, una ciencia unificada y un lenguaje exacto, propusieron un pensamiento “descontextualizado” que en realidad no fue tal, según Toulmin, pues era una respuesta a situaciones históricas de conflictos religiosos y políticos que hicieron fracasar los esfuerzos de construir una Europa plural en el diálogo y la tolerancia. Esta “descontextualización”, para el autor citado, significó un retroceso cultural.

Para Toulmin este retroceso se manifiesta en cuatro cambios a su juicio negativos, que de algún modo “desmodernizaron” la “modernidad”. Esos cambios, nos dice, son los siguientes:

### Ser es “ser leído”

1) Se pasa de lo oral a lo escrito, lo que para Toulmin significa comenzar a fundar la validez de cualquier argumentación en la posibilidad de formularla como cadena de asertos cuya certeza radica sólo en las relaciones entre éstos, y no en la vincu-

<sup>4</sup> Mardones, José Ma., *Posmodernidad y cristianismo*, Editorial Sal Térrea, Santander, 2088, pp. 31-32.

<sup>5</sup> Toulmin, Stephen, *Cosmópolis, the hidden agenda of modernity*, Editorial The Free Press (McMillan), New York 1990. Resumo en estos párrafos lo que este perspicaz autor aborda en diversas secciones de los capítulos I, II y V de este libro.

lación con la realidad misma y los sujetos que razonan. Desde entonces, añade, la palabra “retórica” adquiere una connotación peyorativa. Lo no-escrito-lógicamente, virtualmente carece de existencia, de ser. Ser es, a partir de entonces, ser leído.

Antes, se escribía aquéllo de lo que se hablaba. En adelante y –hoy no se diga– se habla de lo que se lee, independientemente de si tiene relación con la realidad.

### Experiencia soslayada

2) Se pasa de lo particular a lo universal, soslayando las experiencias de la medicina, la ley, la moral y la pastoral, las de los casos límite, y dejando fuera de la filosofía misma el análisis de la aplicación de los principios generales a situaciones particulares en condiciones particulares, lo que descoyunta el conocimiento.

### Irrelevancias

3) Se pasa de lo local a lo general en el análisis de la sociedad, el gobierno, las costumbres y las leyes, con lo que las diferencias quedan fuera de los sistemas como irrelevancias que antes eran objeto de estudio, o como hechos no-históricos, meramente anecdóticos, lo que equivale a decir que sólo cabe en la filosofía los axiomas abstractos, pero no las diversidades concretas.

### Atemporalidad

4) Se pasa de lo temporal a lo intemporal, con el propósito de hacer ver las estructuras invariables que yacen bajo la cambiante realidad natural que, por su mutabilidad, no es tema de filosofía alguna.

En síntesis, para Toulmin la “modernidad” olvida sus propias raíces, pues deja el análisis de la realidad concreta, elabora un pensamiento centrado en lo teórico y relega, a las tinieblas de una virtual inexistencia, el ámbito de lo práctico. Y esto, según Toulmin, para evadir, en nombre de la supuestamente necesaria y purificadora “descontextualización”, de los problemas de su propio contexto, ya que abordarlos en éste representaba un peligro concreto. De aquí, por ejemplo, la cuidadosa petición cartesiana de adoptar una “moral provisional”, en tanto se lograra la moral definitiva, racional y universal.

Mi digresión relativa al libro de Toulmin, se entenderá mejor enseguida, cuando abordemos el asunto de la posmodernidad, ya que ésta, al parecer, es “un

ajuste de cuentas con la modernidad”, que implicaría no sólo el rechazo de “un estilo de pensamiento”, sino también el de “un estilo de vida”.<sup>6</sup>

### Latinoamérica

Sin embargo, antes de pasar a analizar la “posmodernidad”, me parece conveniente echar una mirada hacia nuestro continente y preguntarnos cómo se ha dado la “modernidad” en él.

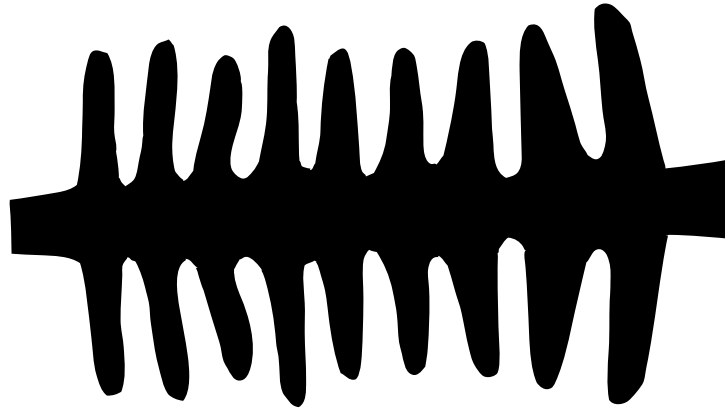
Dentro de la compleja mezcla de conquista y evangelización que aquí se dio, en la que destaca la difícil tarea emprendida por los misioneros, que fue la de hacer comprender y vivir el evangelio al mismo tiempo a conquistadores y conquistados, se puede constatar un hecho: el catolicismo se convirtió en religión mayoritaria, al mismo tiempo que América Latina vivió un proceso de integración a la cultura europea y a los avatares de ésta. La evolución histórica latinoamericana se ha dado bajo la influencia de los elementos de la cultura moderna. La educación, la economía, la política se arma ron, a partir de la Independencia, con base en los presupuestos de la “modernidad” europea. Todas estas realidades vehicularon y vehiculan la mentalidad de la “modernidad”. Esto es particularmente notable en las elites continentales latinoamericanas, minoritarias, es cierto, pero dominantes. Son las elites modernizadoras, de las que de un modo u otro, los aquí presentes formamos parte. La organización de nuestras sociedades nacionales, con sus efectos de marginación económica, social y política, e incluso con las críticas teóricas y las luchas prácticas para corregirlas, es fruto de esa “modernidad”, en la medida que tanto el liberalismo como el socialismo “tienen como punto de partida, como fundamento, la idea de que pensar racionalmente la sociedad supone resolver simultáneamente el problema del crecimiento y de la distribución económica, junto al problema de la libertad humana”.<sup>7</sup>

### Razón e irracionalidad

La economía sometida a la racionalidad estatal, en un caso, o al libre juego de la oferta y la demanda, en el otro, producirían el sistema respectivamente capaz de generar necesaria y automáticamente la libertad y la justicia. Bastaría la utilización de los instrumentos tecnológicos para que la racionalización de los medios condujera fatalmente a la obtención

<sup>6</sup>Mardones, op. cit., p. 59.

<sup>7</sup>Morandé, Pedro, “Modernidad y cultura en Latinoamérica”, apud Nexo, primer trimestre de 1989 (marzo), Buenos Aires, p. 18.



de fines racionales y, por tanto éticos. Hoy sabemos con certeza que hasta los medios más racionales pueden estar al servicio de los fines más irracionales, llámese éstos destrucción total, deterioro letal del medio ambiente o empobrecimiento criminal del pueblo o grupos sociales enteros.

Bien lo señala Pedro Morandé: se había creído que si todos los hombres se “racionalizaban”, se “modernizaban”, se “ilustraban”, se llegaría a la libertad; sólo había que superar el obstáculo del “resto irracional” que quedaba en la sociedad “como sobre-vivencia de la tradición”. Y, sin embargo –añade el sociólogo chileno– resultó que el fracaso de la “modernización” no se dio por efecto de ese “resto” –para unos supersticioso y para otros víctima del opio del pueblo–, sino por los “efectos de los medios tecnológicos, es decir, por la actividad más racional del sistema social”. El logos se destruyó a sí mismo por su negación del ethos, y ahora tenemos al supuesto “resto irracional” como “reserva de racionalidad que puede dar sentido al uso de los medios tecnológicos”.<sup>8</sup>

Y es que la lógica sin ética, en el ámbito social, es sólo un fenómeno de poder que se mide por el éxito de la fuerza o de la astucia, que puede conducir hasta al absurdo de violar los derechos humanos en nombre de los derechos humanos, en medio del estrepitoso silencio de la propaganda. Hoy, sabemos que las “astucias de la razón” o las bondades

de la “mano invisible” pertenecen al mundo de la literatura ficción. En uno u otro campo se ha perdido la apuesta por el “desarrollo creciente de la racionalidad social”.<sup>9</sup>

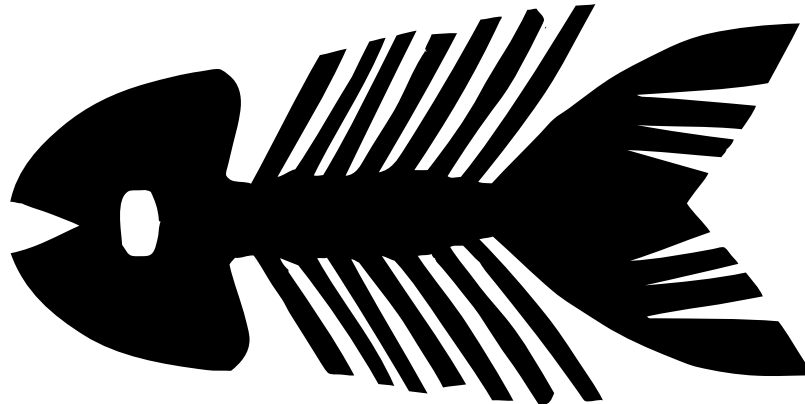
### La nueva contingencia

Para el Estado o el mercado de la “modernidad”, es decir, para esas maquinarias que supuestamente producirían inexorablemente el bien, las personas son elementos sustituibles, desechables. Hay en el pensamiento moderno –y en sus aplicaciones a Latinoamérica– una mutación perniciosa de la noción del hombre como ser contingente. La contingencia del hombre no lo hacía sustituible en tanto su ser contingente era pensado como en relación personal con el Ser Necesario personal. Desaparecido éste –“si es que existe, nada tiene que ver”–, la contingencia pura no es más que la del engrane, y los sistemas sociales se reducen a la organización racional del basurero y la refaccionaria. Suprimida la dependencia ontológica del ser contingente, éste se volverá prescindible, sea individual o colectivamente considerado. Lo particular, lo local, lo temporal, el enfermo, el anciano, el no deseado, el pobre, lo que no logra acceder al universo escrito o transmitido, no es. De aquí mi referencia precedente a Toulmin.

Milosz, con certeza de poeta, lo ha expresado así: “Se ha logrado hacer comprender al hombre que, si vive, es sólo por gracia de quienes tienen poder. Que piense, pues, en beber su café y en cazar mariposas...

<sup>8</sup> Ibid. P. 19.

<sup>9</sup> Ibidem.



A quien ame la cosa pública se le cortarán las manos”. Y esto no se resuelve en modo alguno proponiendo al mercado como titular de los derechos, sustituto “racional” o incluso creador de los sujetos históricos, a la hora en que el fracaso del Estado-propietario-de-todo y único agente de la “racionalidad”, demuestra los límites irracionales de la supuesta racionalidad “moderna”. Y no subrayo aquí los valores que le reconozco sino las líneas que me parecen poco o nada compatibles con una visión católica de la conciencia, de la razón, de la justicia social, de la ciencia y de la técnica, especialmente porque niegan o desvanecen, como escribió Paul Ricoeur, la convicción de que la unidad final de lo verdadero es el espíritu mismo de la razón; la certeza de que una disciplina puede ser dependiente en la economía espiritual del hombre que la ejerce, al mismo tiempo que autónoma en su problemática y en su método (*Histoire et Verité*, Seuil, Paris, 1985).

### La posmodernidad

En cuanto a la “posmodernidad”, puede decirse que, virtualmente sin poner en tela de juicio los presupuestos de la “modernidad”, critica el proyecto de ésta porque, históricamente, ha acabado por producir lo contrario de lo que ofreció. Las metas o las utopías del progreso indefinido, del desarrollo material, social, liberador y justiciero basado en la organización racional de la economía, son otras tantas asignaturas reprobadas por aquélla. Sin embargo, los llamados “posmodernos”, por no repetir los errores de sus criticados y caer así en lo que estiman totalizaciones imposibles o totalitarismos criminales

y fracasados, no ofrecen ni quieren ofrecer “programas de cambio social o de vida personal”.<sup>10</sup>

El pensamiento posmoderno rechaza, por una parte, todo intento de instrumentalización de la razón y de la vida, y postula no tanto la transformación del mundo sino el disfrute de éste tal y como se le encuentra. Desconfía de la promesa, cualquiera que sea, porque supone que ésta se aleja y aleja del presente –única realidad– y porque su realización concreta es forzosamente coerción, funcionalización, pérdida de la libertad actual en nombre de la eventual libertad futura. El presente es variado y se expresa a través de múltiples lenguajes ajenos a criterios fijos y definitivos. No hay razón para intentar integrarlos, fundamentarlos o justificarlos, porque al hacerlo se estaría pretendiendo la uniformación teórica de lo que es naturalmente heterogéneo, distinto, discontinuo y libre.

Resistir al aparato moderno de la técnica y la burocracia –para la posmodernidad– no es, por tanto, una lucha verbal o política de emancipación, sino la aceptación de la realidad, acoger a los diferentes, respetar desde la comprensión los lenguajes distintos e incluso, desde esta perspectiva, amarlos. Al respecto, comenta Mardones: “nos asalta el interrogante de si estamos ante un pensamiento propio del balneario europeo, o ante una mezcla de romanticismo liberario con toques místicos orientales”.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Mardones, op. cit., p. 59.

<sup>11</sup> Ibid, p. 63.

En realidad, se renuncia virtualmente a toda mediación histórica que se proponga transformar gradual o rápidamente la realidad. Esta, como es y como está, hay que tratar de entenderla y gozarla. Es más, toda mediación histórica, cualquier esfuerzo de encarnación –diríamos nosotros– es una amenaza a la estética delectación presente. Tal esteticismo afecta incluso a quienes, en política por ejemplo, se recrean en un presente y un pasado que administran en términos de imagen propia. Encarnación, desde esta perspectiva, sería enajenación; renunciar a la encarnación sería garantizarse la plena posesión de sí. Si este egoísmo se vuelve egoísmo ilustrado, tendremos la democracia. Una democracia, por cierto, con sujetos colectivos cada vez más débiles, en la medida que los medios de información hacen desaparecer en un mar de novedades acelerada y cotidianamente modificado, cualquier novedad histórica, y proporcionan a los hombres un lenguaje universal sin contenido ético ni ubicación histórica, ni referencias a la verdad, al bien, a la belleza o al ser; simple uniformidad de códigos para el funcionamiento apacible y eficiente del sistema, realidades meramente verbales o iconográficas, efímeras y sustituibles cotidianamente por otras. Pocas veces se informa, porque lo que da resultados es excitar.

### Homeopatía

Me parece que la “posmodernidad” pretende curar homeopáticamente las enfermedades de la “modernidad”; que no renuncia a la visión moderna de la contingencia sin Dios, es decir, que universaliza la prescindibilidad; que olvida a quienes ya fueron prescindidos y los abandona en su afán estetizante, resignado, ilustradamente egoísta, narcisista. La “modernidad” los cortó de su pasado al menospreciar, asfixiar, negar, suprimir o destruir su historia. La “posmodernidad”, por su parte, nos despoja del futuro, en una especie de discontinua continuidad macabra: la que va del asesinato del padre al asesinato del hijo, del olvido al aborto, de la orfandad a la esterilidad. Las tres grandes exigencias “modernas”: la del respeto a la conciencia individual, la del valor del conocimiento racional y la de la justicia social, bien subrayadas pero deficientemente conquistadas, se convierten en otras tantas abdicaciones en la medida que, al renunciar a la verdad objetiva, la conciencia se reduce –como lo señaló Juan Pablo II los jóvenes austriacos– a lugar del arbitrio en lugar de expandirse a espacio del encuentro, en la medida asimismo que, sin interioridad, sin apertura a la realidad integral, el conocimiento es reducción

de los hombres a cosas y, finalmente, en la medida que, sin Dios, la justicia degenera en resentimiento y cobertura para cualquier iniciativa generada por la envidia o por el rencor. Si Dios no cuenta y el hombre es sustituible, no hay desarrollo humano genuino posible. Es decir, no hay más historia posible que la del hormiguero o la colmena, donde no son imaginables la memoria ni la esperanza. Todo es presente y fatalidad, celdas hexagonales eternas, o en el peor de los casos, como lo previó Orwell, inacabable estrellarse de una bota sobre un rostro. Universo, como lo escribió León Felipe, en el que “no hay más que átomos, átomos que se muerden”.

### Respuesta de la Iglesia

Y, no obstante, la Iglesia ha dado, desde León XIII, su respuesta a la cultura moderna y sus eventuales y deficientes correcciones posmodernas. Es el Concilio Vaticano II, en 1965, el que resume y sintetiza la propuesta de aquella frente al mundo y la historia, desde la radicalidad de su propia identidad, que se alimenta en el don de la persona misma de Cristo, Dios y hombre, palabra y vida, muerte y resurrección, certeza y misterio, reconocimiento de las fuerzas y las debilidades humanas. Y lo ha hecho, como dice la Constitución *Lumen Gentium* en su número 8, sin dejar de reconocer que ella misma vive en la historia *sub umbris fideliter*, fielmente aunque sea entre tinieblas.

Frente a las elites “modernas” o “posmodernas” que separan fe, religión y razón, la Iglesia afirma su dimensión misteriosa y replantea constantemente la centralidad de la experiencia religiosa en la historia humana. Frente a la manipulación ideológica de su propia doctrina conciliar, para interpretarla desde los criterios “modernos” y “posmodernos” y plantearla como simple pugna entre supuestos “progresistas” y “tradicionalistas”, critica precisamente los fundamentos antropológicos, epistemológicos, ontológicos y éticos de la “modernidad”, y ofrece así una opción diferente a la de la cultura dominante, en cualquiera de sus manifestaciones que, del lado que se la mire, considera a los hombres individuos, no personas. (Ni el mercado, ni el Estado “modernos” requieren de éstas para “funcionar”, ni de sujetos colectivos-personales, autores y dueños de una cultura). Denuncia asimismo el intento “moderno” de circunscribir lo religioso al ámbito privado y reivindica el derecho de la fe compartida y vivida en común a un espacio público en el cual se desplieguen las potencialidades de la Encarnación. Reivindica su di-

mención de pueblo generador de cultura, es decir, de representaciones, de normas y de expresiones, inexpulsable de la sociedad pluralista y capaz de dar a ésta “razones de su esperanza”. No confunde, no podría hacerlo sin caer en la idolatría, la fidelidad a lo eterno con la veneración del pasado.

Para lograr un genuino desarrollo, la Iglesia va más allá del logos de la “modernidad”, completamente en crisis, y afirma en la *Gaudium et Spes* (N. 22), que el hombre es una realidad misteriosa esclarecible totalmente sólo a la luz del misterio del Verbo Encarnado. Así lo precisa Pedro Morandé “...al recurrir a una fundamentación cristológica de la antropología, la Iglesia no sólo reconoce una carencia del pensamiento actual, sino que, en cierto sentido, acepta también su desafío, puesto que Cristo es el Logos, pero es simultáneamente un acontecimiento histórico”.<sup>12</sup>

### Desarrollo humano

En consecuencia, la vida humana, a pesar de su contingencia, no es sustituible, prescindible, marginable de la historia. Por el contrario, es el hombre, personal y socialmente considerado, el autor responsable –es decir, libre– de la historia misma, el sujeto que ha de someter a su dignidad los instrumentos del mercado y el Estado. Y frente a ese hombre y con él, el cristiano da –personal y comunitariamente– testimonio de su fe y razón de su esperanza a través de su trabajo racional, material, caritativo, encarnando la fe en cultura modesta y gradualmente, sí –porque Dios mismo, para dejarnos su palabra, aceptó ser alfabetizado en arameo–, pero sin renunciar a la utopía ni a las realizaciones concretas, sin parricidios ni esterilizaciones, con padres e hijos, con pueblo, con nación, con historia.

Así, el cristiano significa y realiza, sacramentaliza, la vocación de la humanidad a la unidad, que es también meta de un desarrollo humano genuino.

### Ni suicidio, ni disolución

En toda esta visión renovada de las relaciones Iglesia-mundo, *sub umbris fideliter*, están el respeto de la conciencia ajena y del pluralismo socio-cultural. Un desarrollo humano genuino obliga a la Iglesia, nos obliga, a abandonar la mentalidad de fortaleza asediada, por un lado, y a no caer en la tentación de disolvernos en la cultura moderna o posmoderna. Esto último

equivaldría a aceptar que el único pluralismo posible es aquél en que nuestra singularidad se suicidara y, en el límite, a negar el pluralismo mismo, es decir, a someternos resignadamente a un gran singular: el de la “modernidad” y sus homeopatías “posmodernas”.

En esta materia, la *Rerum Novarum* abrió caminos. Y estos desembocan hoy en la reiterada propuesta del Papa Juan Pablo I de una renovada y moderna doctrina social de la Iglesia, capaz de leer “los signos del tiempo” desde “el misterio de sí misma y, por tanto, desde la fe”, para afirmar y vivir la afirmación de que “todas las historias particulares de los hombres concretos, cualquiera que sea su pertenencia social o cultural, el régimen político o económico en que vivan, son expresiones del designio de Dios sobre los hombres”.<sup>13</sup>

Y si la cultura “moderna” y “posmoderna” nos recuerdan los valores de la conciencia, del conocimiento y de la justicia social, pero en forma desarticulada a tal grado que su planteamiento mismo genera la división de la humanidad, a los cristianos, a los católicos que creemos que la Iglesia es sacramento de la unidad del género humano, nos compete, personal y colectivamente, proponerle a esa conciencia, a ese conocimiento y a esa justicia social la verdad, la apertura a espíritu y al misterio, la reafirmación constante de Dios que unifican radicalmente la experiencia humana, la hacen integral y la hacen insustituible en el seno mismo de su contingencia, su pluralidad y su libertad. El desarrollo auténticamente humano depende de nuestra capacidad de lograr esto. La “modernidad” y la “posmodernidad” no nos inspiran nostalgia por un pasado de certezas indiscutidas. Por el contrario, nos convocan a mirar las incertidumbres del futuro desde la seguridad de la fe, a afrontarlas desde la humildad incansablemente activa de la esperanza, a empezarlas a salvar hoy desde las obras en compañía que sólo ha sabido, sabe y sabrá inspirar la caridad, para la cual ningún hombre, por menos que parezca posible llamarlo así dada su miseria, su ignorancia, su debilidad o su pecado –desde la concepción y hasta la muerte– puede ser olvidado, suprimido, soslayado, humillado o maltratado, porque es obra e imagen de Dios. Y es que, como lo escribió Horkheimer, “sin la revelación de un dios, el hombre no consigue siquiera recapacitar sobre sí mismo”.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Ibid, p.22.

<sup>14</sup> Citado por Giussani, Op cit., p. 51.